

Número suelto, 10 céntimos.



Director, B. MARIANO ANDRADE.

Año II.

Madrid, 18 de Enero de 1894.

Número 16.



URCHALLE.

NUESTRO RETRATO.

Urchalle.

Pocos aficionados habrá que conozcan á Urchalle, si no han nacido en la región montañosa, región donde se crían la amarga sidra y los dulces pelotaris.

El hombre floreció en una época en que el reclamo era un mito, las fotografías se hallaban aún en estado latente, y Arana no pensaba en adjetivar á los héroes de la chistera, exornándolos con todo el aparato que el gran empresario, y otros que no son empresarios ni grandes, usan para dar esplendor á los jugadores del día.

Además, Manuel Lecuona ha sido siempre poco dado á exhibiciones, y todavía hoy no le cabe en la cabeza el prurito de bombo que aqueja á los pelotaris modernos, convertidos por obra y gracia de las necesidades de información que la prensa padece en carne de periódicos con monos.

He tenido el gusto de proporcionar á mi amigo Andrade la fotografía de Manuel que aparece al frente de este número de EL PELOTARI, fotografía hecha hace dos veranos en el *restaurant* «Oarso-Ibai» de Rentería, á ruegos míos, por un aficionado superior.

Merced á esta circunstancia sale hoy á luz la *vera effigies* de Urchalle, sin afeites ni retoques, en su pristina naturalidad, novedad importante si se tiene en cuenta que se trata del más célebre quizás de los jugadores antiguos, y merece tal distinción mucho más que tantos otros á quienes viene muy ancho tan disparatado honor.

Ahí está, pues, el viejo, con sus ojos entornados y guasones, con la barbilla pequeña y puntiaguda, con su expresión un si es no es aburrida, y su cara especial de sátiro jubilado.

Calada la boina y calzadas las alpargatas, sentado tranquilamente y perdida la mirada en el espacio, no hay que fijarse mucho para adivinar, al través de la rigidez fotográfica, al sempiterno gruñón y al burlón empedernido, con un dejo de amargura y un tanto de extravasada bilis.

Urchalle es hoy un aburrido, un ser para quien la vida va siendo pesadísima carga que los desengaños han hecho cada día mayor. Más que vivir vegeta; ha perdido á sus mejores amigos, se encuentra aislado, no le comprende nadie, porque se ha quedado atrás, y quédale el recurso supremo de engolfarse en las grandes soledades de la Naturaleza, yendo al campo, completamente solo, echándose en la hierba y permaneciendo así horas y horas mirando arriba, como si se comunicara con los eternamente ausentes, en cuya compañía desea cuanto antes descansar.

Últimamente, hace próximamente dos años, murió en Rentería un gran amigo de Manuel y gran amigo de muchos, el pobre Justo Sorondo, hombre bueno si los hubo, corazón de oro, gran bebedor de sidra y otros caldos y maravilloso *gourmet*.

La muerte de Sorondo dejó en el alma de Urchalle un vacío inmenso. Sin embargo, le alentó una esperanza; se acordó de los milagros, en los cuales no ha creído

nunca, y quiso someter el procedimiento á una prueba decisiva.

¿No dicen que los muertos resucitan? Pues voy á ir al Camposanto á las doce de la noche y voy á llamar á Justo. Si sale, creo en los milagros, y si no salé todo habrá terminado para mí.

Con tan sencilla reflexión, dicho y hecho, encaminóse el buen Manuel al Cementerio de Rentería, á cosa de las once y media de una noche de verano, y al primer toque de las doce colocóse frente á la tumba de su amigo.

—¡Justo!— gritó con estentórea voz, que repercutió en todo el Camposanto.

Nada. El nombre querido se perdió entre las sepulturas y volvió á reinar el silencio en el triste recinto.

—¡Justoooo!— volvió Urchalle á gritar, vocalizando la *o* en un *crescendo* formidable.

Y la voz del viejo pelotari vibró sola y desamparada en el ambiente, con desgarradora ansiedad.

—¡Justooooo!— llamó por tercera vez, poniendo en el nombre del amigo todas las fuerzas de la garganta y todas las angustias del corazón.

Esperó un rato, miró al sepulcro, con ojos en que brillaba aún un átomo de esperanza y de fe, permaneció allí mudo durante un cuarto de hora y, al ver que el pobre Justo dormía para siempre, dijo con la mayor naturalidad del mundo:

--¡Bah! No creo en los milagros.

Y se volvió tranquilamente á casa.

He aquí la fotografía moral del hombre; he aquí de una pieza á Manuel Lecuona, al grande, al adorable Urchalle.

Esto de los gritos me recuerda otra anécdota, notable también, que dará el último toque al retrato del viejo.

Cuando sucedió lo que voy á relatar, Urchalle era joven. Marchóse á las aguas de Cestona, y llegó al establecimiento cerrada la noche, cuando los bañistas se hallaban comiendo.

Con sendas maletas en las manos, penetró en el espacioso pasillo que da paso al comedor, y detúvose á la puerta de éste.

—Buenas noches—dijo á las muchachas que entraban y salían á servir á la mesa.

Al ver aquel tipo extraño, que permanecía inmóvil en el pasillo, las sirvientas pasaban de largo sin parar mientes en él.

—Buenas noches—repitió en el mismo tono afable y cariñoso, y con el mismísimo resultado que antes.

Entonces, viendo que las criadas seguían entrando y saliendo en el comedor y pasaban á su lado, rozándole, sin mirarle siquiera, Urchalle se irguió y soltó con todo el poder de sus robustos pulmones un aullido espantoso, un *irrintzi* descomunal, como llaman por allí á los gritos que lanzan los aldeanos para expresar un descompasado júbilo.

El berrido de Urchalle sonó como un trueno, y re-

percutió en la bóveda del pasillo, sembrando el terror entre los bañistas que comían tranquilamente, y se levantaron asustados para enterarse de lo que ocurría.

Las criadas se abalanzaron á aquel hombre extraño, le quitaron las dos maletas, y con protestas mil de humildad le preguntaron lo que pedía.

—¡Qué he de pedir! ¡Una habitación! Como portándome como un cristiano no me ha hecho caso nadie, he actuado de animal, para ver si así me servían ustedes, y veo que lo he logrado.

Y, en efecto, señalaronle cuarto en seguida, y fué durante el tiempo que permaneció allí, el niño mimado de todos los bañistas.

Ahora, ya lo he dicho más arriba, todos esos ardores han pasado con la edad, y Urchalle no es ni sombra de sí mismo, hasta el punto de desear la muerte con verdadera resignación.

—Todos se me han marchado—me decía hace algunos meses, con una tranquilidad conmovedora.—¿Qué hago yo aquí? Que venga la muerte cuando quiera y me hará un favor.

Y lo decía con acento tan sencillo, tan sincero, que se conocía que era la pura expresión de la verdad.

A pesar de tales deseos, Manuel conserva todavía el fondo amortiguado de su antiguo carácter, y no hay sino tocarle la tecla de la música, que ha sido siempre y sigue siendo su pasión, para verle reanimarse de pronto y romper á cantar deliciosos aires populares vascongados, recogidos en sus frecuentes peregrinaciones de antaño por las provincias y la región vasco-francesa, aires populares que entona con admirable expresión, y conserva en la memoria con exactitud asombrosa.

Si hay quien se los acompañe al piano, la felicidad del viejo pelotari es completa, y yo he tenido la satisfacción de proporcionársela á veces y de verle rejuvenecer.

Fuera de eso, el único modo de conseguir que se exalte es el hablarle de los pelotaris del día, que es lo que hago yo frecuentemente para oírle; ¿qué digo para oírle?, para beber sus palabras.

Porque es imposible que haya quien se exprese en vascuence como Manuel, quien cante como él nuestro incomparable idioma, porque canta más que habla cuando abre cátedra de pelotarismo, y discurre sobre los grandes jugadores del guante y los menguados mercenarios de la cesta, á los cuales, con rarísimas excepciones, no puede ver ni pintados.

¡Pobre viejo! ¡Qué mucho que se indigne y exagere al ver el juego de pelota convertido en negocio, y á los pelotaris en mercancía de mayor ó menor fuste!

Por mi parte, confieso que al ver á Urchalle, al charlar con él los veranos en Rentería, y al considerar á aquel hombre famosísimo en su tiempo, que hoy vegeta tristemente, atenido á una pequeña tienda de vinos y al cargo de cartero de la población; al contemplar, en suma, aquel verdadero monumento de despreocupación, de bondad y de acrisolada honradez, en quien el orgullo no hizo jamás presa, y fué siempre tan pobre de moneda como rico de corazón, me siento cada vez más atraído hacia Lecuona.

Por los tiempos de pelotarismo que corren, hablar de otros tiempos con Manuel es bañarse en un desinfectante.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

¿SE SILBA Ó NO SE SILBA?

Aunque parezca cosa extraña y puesta fuera de lugar, vamos á entablar polémica con un muerto—aunque tengamos que quedar en ella, como aquel otro que se carteaba con un grande hombre: á media correspondencia;—vamos á contestar hoy, 18 de Enero de 1894, á un artículo publicado en nuestro homónimo de Bilbao, el domingo 20 de Febrero de 1887 (núm. 26).

Era el tiempo en que el frontón de Abando disfrutaba la hegemonía de las canchas vascongadas; cuando Vicente Elicegui imperaba con el imperio avasallador de un Hércules; cuando Mardura y Baltasar eran la pareja mimada de los públicos, y tenían un bando adicto de marduristas capaces de pegarse con Dios por defender á sus ídolos; cuando el Chiquito brillaba en el horizonte con los últimos imponentes resplandores del sol que muere á la tarde; cuando apuntaban en el Oriente otros astros que luego han sido soles, estrellas.... y planetas; cuando, en fin, se despoblaban las provincias por ir á ver un partido, y se apostaba con fe ciega por Rentería ó por Azpeitia para vencer ó caer con Azpeitia ó Rentería, como la Guardia Imperial en Austerlitz ó en Waterloo.

Sucedió que un día en aquel frontón de Abando se

oyó una silba (no importa á quién). Temblaron las esferas. ¿Qué era aquello? ¿El público se había vuelto loco, ó qué? ¿Es que ya se habían olvidado los más rudimentarios principios de cultura y urbanidad? ¿Es que la raza eúskara degeneraba degradándose? ¿Es que se equiparaba el noble y viril juego de pelota (entonces empezaron á llamarlo así), al abigarrado espectáculo de las corridas de toros? ¿Es que....?

Y, sin embargo, volvió á oírse otra silba, y luego otra, y otra, y precisamente, cuando se desterraba de las plazas de toros las irracionales silbas de obra, se arraigaban en los frontones las no tan irracionales silbas de palabra.

Entonces fué cuando *El Pelotari* difunto escribió un artículo *¿Hasta cuando?*, en que con toda la fogosidad y viril indignación del *Quousque tandem* ciceroniano, aunque no con toda su gallardía gramatical y oratoria, apostrofaba á los nuevos Catilinas que, «faltando á las rancias costumbres vascongadas, hacen mofa de una de ellas, como es el juego de pelota».

El Pelotari, al hablar de este modo, hacíase eco del sentir de nuestros honrados patriotas, que en aquellos sencillos desahogos del público, creían ver el principio

del fin, antojándoseles idénticos á los desahogos de otro público en el frontón de París hacía noventa y ocho años (1), y del de los pelotaris, algunos de los cuales, como Elicegui y el Vergarés, se quejaron á la Comisión del frontón, exponiendo que no volverían á pisar aquella cancha «mientras no se dieran al jugador suficientes atribuciones para abandonar la cancha desde el momento en que, con frases ofensivas, se dirigiera el público á él».

Y había discusiones acaloradísimas entre los defensores de la tradición y los partidarios de la declaración del derecho de la silba.

La razón se impuso y triunfaron éstos.

Si; desde que las circunstancias transformaron el juego de pelota, y el pelotari cambió de modo de ser; desde que aquél dejó de ser *jaia* de un pueblo y de una raza para convertirse en un espectáculo como otro cualquiera, y éste renunció á ser cantado, como Isópico Orcomenio por Píndaro, para cobrar como *Guerrita* y un *jockey*, perdieron uno y otro sus preeminencias y sus fueros, sin que por ningún concepto puedan hoy reclamarlos ni ostentar superioridad sobre otro espectáculo. Cobran bien.... Esaú no debe reclamar su primogenitura después que se comió el plato de lentejas.

No se podía silbar, ni ¿qué se había de silbar á los hombres que entregados á un modesto oficio, del que vivían, se apartaban de sus tareas de vez en cuando para ir á medir sus fuerzas en honrada y titánica lucha, ganar ó perder en ella una cantidad, fruto de sus ahorros, y satisfechos con el triunfo ó tristes con la derrota, volverse al otro día á su hogar, olvidando que acababan de ser héroes populares para seguir siendo los artesanos X y Z?

Pero ¿qué tienen que ver con aquellos hombres los que hoy dan un adiós eterno al yunque, á la lezna ó al *aculu* y firman una escritura para jugar veinte partidos —no saben con quién, ni contra quién, ni cómo— á tanto el partido, y declaran tener por profesión la de pelotari, es decir, un artista pagado para que luzca su habilidad ante un público? ¿Y en qué se diferencia de quien, pagado también para divertir á la gente, firma otra escritura comprometiéndose á matar seis toros, ó á cantar una ópera, ó á vestirse el traje de arlequín para decir tonterías y dar saltos y piruetas en la pista de un circo?

Nada más que en esto; en que el pelotari, jugando,

(1) Véase de paso, cómo los que escribimos de pelotas podemos de vez en cuando asomar la oreja de nuestra erudición sin molestar al sentido común.

hace un ejercicio higiénico, mientras que de los otros el uno expone su vida, y el otro se consagra á un objeto más alto, y al tercero le llaman despreciativamente ¡payaso! Y en que en estos tres no acarrea más consecuencias el mal desempeño de su cometido que la de aburrir ó moler al público, y en el otro....

Yo no vi que nadie se pegara un tiro á consecuencia de los asesinatos perpetrados por *Lagartijo* en las personas de seis toros de Veragua la tarde memorable en que se cortó la coleta. Pues ya ha habido suicidios á la salida de los frontones.

Y, sin embargo, silbad á un torero; no se le ocurrirá sublevarse contra el fallo del público; lo recibirá sumiso; quizás, si os ensañáis con él, si le insultáis, si le acribilláis á patatazos, protestará en el fondo de su corazón y se dolerá de vuestra injusticia, como se dolería el siervo de las demasías cometidas contra él por un su señor atrabiliario; pero demostrarlo...., revolverse contra el público.... Ni por soñación.

Y si en cambio se le aplaude, le veréis agradecerlo con alma y vida, satisfecho, hueco, y sonreír beatíficamente al subir al coche que lo conduce á su casa, saboreando en la ovación de los chiquillos que rodean el estribo una prolongación del triunfo *de dentro*.

De lo que pasa en esta materia en el frontón no quiero hablar. Se repiten con demasiada frecuencia las insolencias y los desdenes de los pelotaris, para que todo el que lea estas líneas que tenga el menor interés por lo que toca á las cosas de la pelota, no lo haya visto alguna vez por sus propios ojos.

El pelotari se declara inviolable, como la más alta institución del Estado. «Aplaudid si queréis, dice; yo no os lo he de agradecer; pero ¡guay del que ose rasgar el viento con un silbido dirigido á mi persona! Se verá conmigo.»

Yo he visto á un pelotari llamar *ladrón* á un picador que se mostraba reacio á entrar en liza con un torazo más grande que una catedral, y que llegado el caso de picarle le puso una vara medio palmo más abajo del punto matemático que señalan los cánones.

Por cierto que ese pelotari jugó á los pocos días un partido en que, si no lo hizo, parecía que había hecho un *tongo*, y, por cierto, que á un pobre hombre que se permitió decirle un eufemismo no equivalente en gravedad al vocablo *ladrón*, de un puñetazo lo mandó á la Casa de socorro.

¡Para que vayan ustedes á llamar cosas feas.... á los picadores!

JUAN DE ****

RECETA CONTRA LAS SUEGRAS.

¿Que tienes una suegra muy taimada
Y te quiere pegar?
Pues sigue el consejo que yo ahora
Mismo te voy á dar:
No la corras, la riñas ni la chilles,
Ni escondas el bastón.

Lo que haces es llevarla cualquier tarde
A que vea un frontón,
Y verás como cuando más contenta
Y embelesada esté,
El Chiquito, al dar una bolea,
La rompe el peroné.

MIGUEL PASCUAL Y ARRIOLA.

Madrid, Enero del 94.

CRÓNICA SEMANAL.

Martes 9.

Magnífica era la combinación anunciada y numerosísimo el público que acudió en este día á Euskal-Jai, deseoso de presenciar un buen partido: y, en efecto, lo fué, pues no sólo se igualaron multitud de veces, sino que todos los jugadores, por su parte, tuvieron momentos felices en que arrancaron copiosos aplausos.

Pasieguito y Quintín Basaguren eran los jugadores que ostentaban el color rojo, y Naparrete y Arana el azul.

El dinero, al principio, por estos últimos, pero después se cambió varias veces en el transcurso del partido, hasta que Naparra y su compañero llegaron á 50 cuando sus contrarios se apuntaban 48.

El Pasieguito entusiasmó al público con su elegante y limpiísima bolea, no sólo defendiéndose contra el duro empuje de sus contrarios, sino atacando á veces con valentía. Sin embargo, no es tan fuerte su bolea de ahora como la de antaño.

Jugó como un maestro y mereció aplausos. Quintín también jugó bien, ganando algunas dos paredes á Arana, muy bien medidas. Es un jugador muy valiente para entrar á la pelota, y esto es una gran ventaja para el zaguero.

Naparra, aunque no tan notable como otras veces, cubrió su puesto con vista de lince y pasmosa agilidad. Le encontramos un poco más flojo que cuando se fué á pasar las Pascuas.

Arana dió buenos reveses, pifió algo y nos demostró que no puede habérselas con Quintín; pero, sin embargo, cumplió discretamente.

Miércoles 10.

Otro fracaso para los sabios, pues creían que Ibaceta y Abadiano se iban á meter en el bolsillo á Hilario Garro y Zurdo de Villabona, y, en efecto...., ganaron estos últimos el partido con facilidad. No hubo lance ni detalle digno de mención, como no sea un pelotazo que recibió Abadiano en el brazo, y que, á mi juicio, influyó no poco en la derrota de su bando, pues desde entonces se le vió flojo, desacertado y pálido como la cera.

¿Por qué no se suspendió el partido?

Ibaceta estuvo muy mediano; porque ha jugado dos partidos muy bien se le cree ya un coloso, y todavía ha de dar muchos chascos.

Hilario, admirable, y el Zurdo hecho un Cosme, devolviéndolo todo.

Jueves 11.

Á fuer de imparciales no podemos menos de censurar, con los tonos más enérgicos, el proceder del Pasieguito en este día, pues habiéndonos acostumbrado el martes, 9, á admirar su bolea y su derecha á bote, solo dió una de las primeras y ninguna de las segundas. Ahora bien; el zaguero contrario era el mismo Naparra en ambos días, y pregunto yo: ¿Por qué dicho martes entró usted tanto á bolea y en este día no? ¿Porque le

duele el brazo? Pues hizo usted muy mal en salir á la cancha á jugar, pues los intereses del público, que le creyera sano, están muy por encima de su conveniencia particular.

El mismo Joshemari, que tan benévolo se muestra siempre en sus revistas con los pelotaris, se lamenta, al describir este partido, de este mismo hecho que criticamos.

Hay más; hubo pelotas, en el transcurso de este partido, á las cuales no había más remedio que entrar á bolea, ó por lo menos á derecha, y cualquier zaguero, el más negado para la bolea y derecha, verbigracia, Pedrós, hubiese entrado por si hacía buena, mientras que el Pasieguito las dejaba pasar por encima de la cabeza.

Oímos decir á otro pelotari, que no tenía su cesta, porque se le había roto; y si esto es así, es tan grave como el estar resentido del brazo, y no decirlo, pues en la cancha hay que presentarse con todos los elementos y herramientas necesarias para llevar á cabo la victoria. Si no tenía confianza en su cesta, que no jugase.

¡Lástima grande que los esfuerzos de Vicente Elicegui resultasen estériles, merced á la excesiva deficiencia de su zaguero!

Pocos días ha tenido el renteriano la suerte de estar tan afortunado; jugó como un verdadero maestro, y cosechó muchos aplausos, que el público, frenético, le prodigó en diversas ocasiones. No hay que dudarlo; es uno de los jugadores de más amor propio, y de los que mejor defienden los intereses del público, que deben ser sagrados para el pelotari.

Machín estuvo hecho un monstruo; ha llegado ya, sin duda, á jugador de primer orden; su saque era terrible, y su bolea asombrosa, castigando y haciendo buenas jugadas.

Naparra, que empezó algo flojo, crecióse después, y jugó muy bien.

Los colorados (Pasieguito y Vicente) llegaron á 42.

Viernes 12.

Está visto que la cátedra está dejada de la mano de Dios, pues antes de empezar el partido daba un momio grandísimo por Ibaceta y Gordito, que perdieron, á Garro (H.) y Zurdo de Villabona.

Los cinco primeros tantos hicieronlos los últimos para después igualarse á 6.

Continuaron el partido sin llevarse gran ventaja hasta que se igualaron en los 48 tantos, ganando, por fin, Hilario y Olaso.

Ibaceta, al principio, estuvo muy flojo, pero luego se creció algo.

Gordito, muy medianito. El Zurdo, hecho un zaguero, é Hilario, muy bien en casi todo el partido; pero al fin, efecto del mucho juego que desarrolló, se mostraba bastante cansado.

Sábado 13.

Buenos jugadores, mucha gente en las localidades y gran animación en todos los semblantes.

El elegante Tandil se presentaba en la cancha después de un largo eclipse ocasionado por una afección en la garganta, y fué objeto de ruidosas ovaciones en el transcurso del partido por su elegante bolea y derecha á bote, que prodigó toda la tarde con pasmosa seguridad. Viene más fuerte que nunca y dará mucho que hablar en esta temporada el simpático Perico.

Su compañero Muchacho tiene el santo vuelto de espaldas, pues apenas gana un partido en esta temporada; todos los cargos los dirigió el público contra él, porque estuvo muy desgraciado y fué el que perdió el partido. Cuando la lucha se hallaba en el período más álgido, ó sea iguales á 38 y 39 \times 40, éste hizo tres faltas de saque.

A pesar de todo esto, tuvo momentos en que dió buenas boleas y jugó regularmente muchos tantos. Creo que este partido era muy duro para los americanos, pues hay que mirar muy despacio á Naparra y Quintín, sus contrarios. Los perdidosos quedaron en 42 tantos, que al fin y al cabo no es derrota vergonzosa.

De los jugadores merece el primer lugar Tandilero, que, como he indicado antes, se presenta en el esplendor de todas sus buenas cualidades. No se puede jugar mejor; tuvo cosas superiores; enganchó admirablemente casi todos los rebotes; dió tres ó cuatro botes pronto, magníficos, y oyó, en suma, una de las más grandes ovaciones que se han presenciado en Euskal-Jai. Nuestra enhorabuena más sincera.

Naparrete, seguro, levantando admirablemente y enganchando todo lo enganchable: es un zaguerito que ya ya....

El de Ondárroa pinfió bastante, pero pegó fuerte y cubrió su puesto.

De Muchacho ya hemos dicho lo bastante.

Por la noche volvimos al frontón á presenciar un partido, que parecía iba á ser interesante, entre Gogorza y Garro (H.), contra Berastegui y Gordito; pero salieron defraudadas nuestras esperanzas, pues por indisposición de Hilario tuvo el intendente que organizar otro partido, que resultó....., no sé lo que resultó, entre Abadiano, Gordito y Celayeta, contra Berastegui y Gogorza. Figúrense ustedes, ¡oh benévolos lectores!

que los primeros, ó sean los azules, tenían apuntados 35 por 25 los colorados, y que en un decir amén, después de haberse dado el dinero 40 á 6 y 100 á 14, se igualaron, les pasan y ganan el partido los colorados, dejando á los azules en 43 tantos.

¡O temporal! ¡O mores! ¡Oh tiempo de los moros!

Domingo 14.

¡Llor al gran Pedrós! El zagüero más potente que han registrado los fastos de la pelota. Ni una bala de cañón, ni un proyectil del Mauser, podría herir el frontis con más fuerza que una pelota salida de la cesta de Gabriel. ¡Llor al monstruo de las canchas! Titán de Orio, Hércules de Guipúzcoa, yo te saludo.

Jugó con el Chiquito de Ondárroa, contra Machín, Naparrete y Alí (*el Castaño*), y después de una lucidísima lucha, en la cual, entre otra multitud de veces, se igualaron á 23, á 29 y á 37, ganaron los tres, dejando á sus contrarios en 44 tantos.

Todos los asistentes al frontón se hacían lenguas para ensalzar á Pedrós por sus esfuerzos grandísimos.

Hay que mirar un poco despacio á los tres contrarios. Machín, sacando muy bien y no perdiendo pelota en toda la tarde; Naparra, colocado en medio y enganchando á revés aire con mucha comodidad todo lo que le daba la gana, y Alí, hecho un zaguerazo, devolviéndolo todo por difícil que fuese, y aun así, hacer 44 tantos es el colmo.

El de Ondárroa también jugó muy bien.

Pedrós se halla quizá mejor que nunca, fuerte, seguro y con vista. ¡Dió cada revés-aire!

Lunes 15.

Ibaceta y Gogorza, contra Hilario Garro y Zurdo de Villabona: el dinero doble á sencillo por los primeros, que perdieron el partido; se igualaron varias veces hasta el tanto 47, que también se lo apuntaron ambos bandos á un tiempo.

Corrían después de terminar el partido rumores muy poco favorables á los perdidosos.

X.

IMITACIÓN.

Quisiera ver el cielo
Como azules crespones,
Y en todos los frontones
Las damas descollar;
Y buenos pelotaris
Que estén en su apogeo
(Este es mi gran deseo),
Quisiera ver jugar.

Quisiera que con prisa
Acudiese la gente
A ver á D. Vicente
Luchar en Euskal-Jai;
Que el coloso de Irura,
Con el célebre Abando,
Inaugure ganando
El nuevo Beti-Jai.

Quisiera que la *cátedra*
Cayese por el suelo,
Y que á nadie su anzuelo
Pudiese hacer tragar;
Que todas las Empresas
Hagan en los frontones
Buenas combinaciones....
(Si saben combinar).

Me encantan los *reveses*,
Me admiran las *cortadas*
Y *boleas*; *dejadas*
Me gusta ver hacer;
Quisiera que el momista
No tuviese revancha,
Y *Abandos* en la cancha
Quisiera siempre ver.

EUDOXIO DE SOSA.

Madrid, 13 de Enero de 1894.

PELOTAZOS Y CHICHONES.

No podíamos creerlo. ¡Y eso que estamos acostumbrados á creer, y aun á ver cada caso y cada cosa!.....

Pero nada; que, á pesar de todo, no podíamos creer que *eso* fuese tan mal, Sr. de Monares.

Y decimos *eso*, porque no sabemos qué nombre dar á la serie continuada de horrores, escándalos y estafas; sí, señor, estafas, que en España se llama, sin duda, por sarcástica antífrasis, *servicio de correos*.

¡Servicio!..... No está mal servicio ese. Si siquiera le llamasen *flaco servicio*..... ¡Pero quiá! Orondo y hermoso debe estar él, á juzgar por lo que se traga. De seguro que si viviera hoy Calígula lo mataba por aventajarle en tragaderas.

¡Después hablarán de Negrucho y Sierra Morena, las dos guaridas de ladrones de nuestra Península é islas adyacentes, dignas de mayor encomio por las hazañas que realizan sus pobladores!

¡Mentira! Ahí están las ambulancias de correos reclamando para sí una supremacía en el arte, que indudablemente les pertenece por méritos adquiridos.

Melgares y José María son niños de teta si los comparamos con algunos empleados de correos. Vaya.....

* *

Sugiérennos estas reflexiones las continuas denuncias que vemos en la prensa toda, sobre verdaderos escándalos ocurridos en el ramo que está á cargo del señor Monares, Director general que ha hecho buenos y excelentes, no digo yo á Mansi y á Mochales, sino al mismísimo Sr. Los Arcos (que es ya cuanto hay que decir).

Confesamos sinceramente que nosotros mismos creíamos exageradas algunas de estas quejas; pero por experiencia propia y triste nos hemos convencido de que más bien pecan por carta (y aun por paquete) de menos. Diariamente recibimos cartas de nuestros suscriptores y corresponsales anunciándonos que no reciben el periódico, que puntualmente se les manda. Se han *extraviado* en el camino hasta cinco cartas con originales de imprenta, que nos consta venían para nuestros dos últimos números. Suscriptor hay (y es el Sr. Empresario del Beti-Jai de Madrid y de San Sebastián, D. José Arana), el cual no ha recibido *ni un solo ejemplar* desde hace tres meses que está suscripto. Corresponsal tenemos á quien, por término medio, faltan seis números de un paquete de quince, que desde aquí se le remite. Y, por último, un colega de Bilbao, que nos favorece con el cambio, dice en uno de sus últimos números, que van más de tres de nuestro semanario que no llegan á sus manos.

De retrasos en la entrega de los escasos ejemplares que tienen la fortuna de escapar á la furia de esos *periodicófagos*, verdaderos piratas de tierra, que no dejan valija libre, es preferible guardar un pudoroso silencio. Los mejor librados de nuestros suscriptores reciben EL PELOTARI con dos ó tres días de atraso, siendo así que sale con toda puntualidad de estas oficinas, como lo podrá comprobar, si gusta, el Sr. Monares.

¿Tiene esto disculpa posible? ¿Quién nos indemniza á nosotros de los gravísimos perjuicios que tal estado de cosas nos ocasiona? ¿Para eso pagamos esos exorbitantes derechos de timbre y franqueo, que no tienen rival, por lo caros, en todas las naciones del mundo? ¿Ó es que se quiere poner la inmoralidad de este servicio á la inverosímil altura de su carestía?

¡Ni que la Dirección de Comunicaciones se hubiese propuesto hacer la competencia al Gabinete en lo desastroso de su gestión!

* *

Bien se nos alcanza que el Sr. Monares hará oídos de.... Director general á estas reclamaciones, porque en este país los simples ciudadanos que pagamos y no cobramos del Estado somos como los ilotas de Grecia, á quienes estaba prohibido aun el derecho de emitir sus quejas, cuanto más el de ser en ellas atendidos. Pero á pesar de esto, no queremos dejar de consignar las nuestras, para que sirvan siquiera de platónica protesta contra tan repugnantes abusos, y de modesta satisfacción á nuestros favorecedores.

* *

Y pues que de abusos venimos hablando, echemos á ellos el resto de esta sección.

En otro lugar de este número dejamos consignado terminantemente, y ya antes de ahora lo había dicho con su acostumbrada claridad nuestro ilustre colaborador D. Antonio Peña y Goñi, que, dado el carácter puramente mercantil y lucrativo que hoy tiene, por desgracia, el juego de pelota (al menos en lo que á los pelotaris se refiere), no había razón alguna para que éstos fuesen de mejor condición que los demás artistas, quedando libres de las silbas ú otras muestras de desagrado que les hiciese el público pagano. Pero de esto á proferir algunas frases injuriosas y calumniosas como las que el sábado se oyeron en la cancha de Euskal-Jai, va inmensa diferencia.

* *

Otra cosa de muy mal efecto es ver á los jugadores en los *entretantos* hablando (como si tal cosa) con los jueces del partido, sobre todo siendo éstos compañeros de profesión y amigos de intimidad, como sucede, no debiendo suceder.

Porque supongamos, por ejemplo, que en un partido se den cuatro pelotas dudosas, sobre las cuales los jugadores *pidan*. Pues bien; si hay que conceder las cuatro en justicia á uno de los bandos, y resulta que éste es amigo de los jueces, con los que momentos antes le ha visto el público departir afectuosamente; si por añadidura ha visto á los mismos pelotaris poco antes hacer en alta voz traviesas (otro escándalo, aunque no tan grande); aun dado, y no concedido, que el fallo de los jueces se ajuste á la más estricta equidad, ¿no será disculpable en cierto modo la algarabía del público que no se conforma con él, ó lo atribuye á móviles menos rectos?

* *

Y para que ya todo sea abusos, acabaremos denunciando los que cometieron los cajistas con nuestros *Pelotazos*.... del pasado número, pues que nos hicieron decir *cortebarrí* por *urte barrí*, *lena* por *aleña* y otros que de seguro habrá salvado el buen sentido de nuestros lectores....., sobre todo si tienen la fortuna de poseer la añeja lengua de Aitor.

PEPE SATARRA.

AL PÚBLICO.

Agradecida esta Empresa á los favores del público que tanto le distingue, ha acordado hacer una gran rebaja en los precios de suscripción, por la cual costará ésta más barata que la compra de los sucesivos números sueltos, teniendo también la ventaja los señores suscriptores de que recibirán antes el periódico.

Los precios son los siguientes:

MADRID.—Trimestre, 1 peseta.—Semestre, 2.—Año, 4.

PROVINCIAS.—Trimestre, 1,25.—Semestre, 2,50.—Año, 5.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Semestre, 6 pesetas.—Año, 12.

1.º A los señores que se hayan suscripto á esta Revista por más de un trimestre, con anterioridad á esta rebaja de precios, se les abonará el tiempo correspondiente á sus adelantos cuando haya vencido el plazo.

2.º Los señores que no quieran suscribirse, encontrarán nuestra Revista en los principales puestos de la Puerta del Sol y en los frontones, al precio de 10 céntimos.

3.º Estos nuevos precios rigen desde el día primero del presente año.

4.º Se suplica á los señores suscriptores que estén en descubierto con esta Administración, satisfagan pronto el abono, por ser así necesario para la buena administración.

5.º Los señores que deseen suscribirse desde el 1.º del corriente, podrán hacerlo en las oficinas del periódico, Plaza de la Independencia, 8, tercero derecha, de diez á doce de la mañana, advirtiéndoles que recibirán gratis los números publicados.

6.º Para los no suscriptores, se venden en esta Administración colecciones de los números publicados, que contienen los retratos siguientes:

Chiquito de Abando.—Muchacho.—Cosme Echeverría.—Beloqui.—Isidro Brau y el Chiquito de Abando.—Tandilero.—Irún.—Barriola y Egües.—Plano de fachada del Nuevo Beti-Jai de Madrid.—Elicegui.—Samperio.—Gamborena.—Zurdo de Villabona.

El precio de cada colección es de 50 céntimos de peseta.

7.º Advertimos á los señores anunciantes que insertaremos todos los anuncios que se nos remitan á precios módicos y convencionales.

PEDIR EN TODO EL MUNDO LAS AGUAS DE CARABAÑA

ACADEMIA VELOCIPÉDICA

Paseo de las Delicias, 32.



LECCIONES
todos los días
de sol á sol.

DEPÓSITO DE VELOCÍPEDOS
de las MEJORES MARCAS INGLESA.

Arenal, 15, SANTOS HERMANOS.

EL JUEGO DE PELOTA

Libro indispensable á todos los aficionados.

CONTIENE

Reglas para hacer apuestas con probabilidades de ganar.
Apuestas mutuas.
Conocimientos útiles á todos los aficionados.
Semblanzas de todos los pelotaris.
Bases y tablas para los prorratesos.

De venta en esta Administración. Para los suscriptores se hace el 25 por 100 de rebaja.—Precio, **2 pesetas.**
Se remiten por correo sin aumento de precio.